



V POR MARCO ANTONIO COLOMA tiene cada uno con un libro de cuentos bajo el brazo. Un claro signo que confirma que las transacciones literarias de Diego Muñoz Valenzuela y Jorge Calvo tienen bastante en común.

Ambos pertenecen a esa generación de jóvenes narradores que surgió en nuestro país a mediados de los ochenta, y que tuvo como punta de lanza la antología "Contando el cuento" (1986), editada por el mismo Diego Muñoz junto a Ramón Díaz Arévalo. Jorge Calvo fue uno de los contributors en esa antología, que incluía además escritores como los de Ana María del Río, Carlos Frenx, Sonia González y José Leonardo Cabrita, entre otros, y que a la larga formó el primer sustento de aquello que se convirtió bajo el signo de la Nueva Narrativa (o que se sustruyeron más tarde los escritores que volaron del cuatrocero, como Carlos Cerda y Jorge Collyer, y las últimas veintidós de Alberto Fuguet y Andrea Mancilla).

Un cliché entre diez dice que esa generación fue mancada a fuego por la dictadura. En sus años adolescentes el aire de la diáspora, heredarón las ganas de encontrar un país distinto, hicieron circular sus primeros libros, casi artesanalmente, y se dedicaron por cuenta del Imperio a buscar un proyecto estético. No es casualidad que a poco andar fueran ellos quienes se daban a la tarea de novelar en primera persona la dictadura, a partir de novelas como "El marcenario del honor" de Gregory Ceballos, "Los años de la serpiente" de Antonio Díaz, y "Todo el amor en sus ojos" de Diego Muñoz. Por su parte Jorge Calvo hizo lo suyo con la publicación en 1991 de "La partida", una novela de muchas voces, fragmentaria, que usó como telón de fondo el duro exilio de la república. Tiempo más adelante, en este comentario, este comentario uno de los personajes con más vocación de justicia que registre



Ángeles y verdugos
De Diego Muñoz Valenzuela
Mosquito Comunicaciones,
62 páginas.



Fin de la inocencia
De Jorge Calvo
Ediciones Foro Nórdico,
128 páginas.

Vuelven a contar el cuento

transaccionales y que tan a la moda reproduce el periodismo cultural. Diego Muñoz optó por publicar el trabajo de los catálogos que incorporaron en su diseño la marca de la Nueva Narrativa Chilena, y Calvo se instaló en Suecia a partir del año 85. Ambos tuvieron, sin embargo, una buena crítica (en especial Muñoz Valenzuela), mientras otros desaparecieron las vitrinas. Ahora reaparecen en la escena literaria, cada uno con un libro de cuentos.

PROSA LIVIANA

Una colección de narrativa breve exhibe regularmente diferencias notables en la calidad de los cuentos que la componen. "Fin de la inocencia" de Jorge Calvo no es la excepción a la regla, pero en este caso es legítimo también hacer énfasis en una similitud aunque menor: cuando sus temas oscilan, los libros que se están leyendo sus imperfecciones, resultan inmediatamente atractivos. Basta con los primeros cuentos que componen este libro. Su mayor dificultad para despachar el asunto es brevedad: en los relatos en que Calvo intenta una desfiguración de la realidad, que no viene a flamar fantasía, pero que interviene en el orden de las cosas sumándole un misterio sutil que desconcierta al lector. Un recurso que en la narrativa de rebelión literaria como la de García Lorca, que apostó por el mito legendario, en Calvo es apenas el ejercicio de una experimentación que se entrecruza en una dilatación y densa descripción de ambiente (ver El cazador en el umbral, por ejemplo), o que apuesta por una alegoría que no se resquebraja en la dimensión simbólica (Los cuatroceros).

El talento mayor de Calvo reside en la rebeldía con que intenta la realidad sin mediar apellidos, muchos veces a partir de involucrar rituales, como en

El fin del mundo: la historia de un agente de cuentas honorarias que se mueve con incertidumbre en medio de un sistema que a todas luces le desconcierta, pero que no tiene más proyectos que los que le ofrece el momento, anclados a la mera explotación del honor. El plus de la historia viene dado por la superposición del recuerdo de la infancia de personaje, una infancia marcada por la rebeldía: es expulsado de su función de conserje de la iglesia por levantarle

MINIMAS PALABRAS

Diego Muñoz Valenzuela publicó en 1997 su novela "Hacia para el cyborg", una historia de ciencia ficción que tenía como protagonista a un androide con ansias de justicia en un país parecido al nuestro (un personaje sobre el cual también se proyecta una historia que parte del imperativo más generacional del que hablamos más arriba). Ahora Muñoz Valenzuela cambia radicalmente de género y se aventura en el difícil arte del microcuento con la publicación de "Ángeles y verdugos". Son 31 relatos, el más corto ocupa apenas un par de líneas, y el más largo supera en pocos los dos párrafos.

La escritura de microcuentos requiere, por una parte, de un manejo perfecto de la rítmica y la condensación narrativa; por otro, de un giro interno que sorprenda al lector. El microcuento no revela progresivamente un enigma, lo revela al mismo. Diego Muñoz tiene vocación de sinceridad en la mayoría de esos cuentos, pese a que muchos sonos como el tema de dejarse unguento por la prosa poética (Muerte del bosque) o que no logra dar con un final merecido (El juego de las simulaciones). Pero el problema no es ese, sino el carácter liviano y repetitivo de muchos de los historias que cuentan el mismo contenido repetitivamente en víctimas (El verdugo), el hombre que se enamora de un maniquí (El páico matemático), la bestia desconocida, encerrada en algún lugar de la casa (La cosa de allá arriba). Sin contar aquellos, claro, que solo suscitan la categoría de divertimentos narrativos, muy predecibles (¿qué se imagina que le puede pasar a un vampiro que va al dentista?). Pero hay también novelas (Observaciones en un oratorio y Precipicio, por ejemplo) que hacen a veces muy interesante la lectura del volumen. Pero no más.

"Muñoz Valenzuela cambia radicalmente de género y se aventura en el difícil arte del microcuento con la publicación de 'Ángeles y verdugos'"

la tibia a la virgen, es expresado también del golpe de cuenta por respuestas poco creativas en la clase de religión, y ya entrada la adolescencia se vuelve anarquista de la mano de la lectura de Bakunin. Es cierto que el contraste entre el niño rebelde y el adulto resignado tiene algo de esquizofrénico (siempre en el momento de su país que recuerda la historia de sus últimos años, años que) justamente de esa manera, la del hijo prodigo, pero la prosa liviana de Calvo amesora por un lado permanentemente de monta le da crédito a una de las historias mejor contadas del volumen.

Hay otros cuentos que merecen atención, como Su cuerpo olta a fruta hierba y Las voces del abismo, que a pesar de sus finales poco felices sin embargo, una prohibición el otro son relatos bien puestos en su progresión narrativa.

"Una colección de narrativa breve exhibe regularmente diferencias notables en la calidad de los cuentos que la componen. 'Fin de la inocencia' de Jorge Calvo no es la excepción a la regla"

la historia de la literatura chilena, el detective Heredia, protagonista de la saga de novelas negras de Ramón Díaz Arévalo. Un juicio que no pasa por el aire de virtudes afines que el desconcierto y se hunda Heredia es algo así como el alter ego de toda una generación que vio frustrados sus proyectos colectivos.

Pero volviendo a Diego Muñoz y Jorge Calvo (que además comparten una primera formación profesional como ingenieros químicos), resulta claro que a partir de los años ochenta, no convencer ellos en la primera línea de este nivel, pero que nos propiamente el cuento nos editorialmente por los siglos.

Vuelven a contar el cuento [artículo] Marco Antonio Coloma.

AUTORÍA

Coloma, Marco Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vuelven a contar el cuento [artículo] Marco Antonio Coloma. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile